

# **LA CONSTRUCCIÓN DE UNA MEMORIA DE IDENTIDAD. EL GÉNERO HISTORIOGRÁFICO EN LA EDAD MEDIA: DE LO EUROPEO A LO HISPANO**

**Esteban Sarasa Sánchez**  
Universidad de Zaragoza

En la Edad Media, la historia tuvo muchos cultivadores, a pesar de que apenas llegó a ocupar un lugar importante en el panorama general de la cultura, pues ni se enseñó ni se aprendió como disciplina académica, ni antes ni después, incluso, de la aparición de las primeras universidades europeas. Ello supuso la carencia de métodos adecuados en la composición narrativa y en la comprensión del género, tanto para los mismos cronistas que debían recuperar el pasado como para los posibles lectores u oyentes, que escribían, los unos, y leían o escuchaban, los otros, con el propósito de fijar el presente en cada tiempo o asegurar el pasado para la posteridad. Y es que la historia se concibió en principio como un género literario mas y no como una forma erudita del conocimiento. Ni siquiera en las universidades a partir del siglo XIII se llegó a incorporar la historia como objeto del aprendizaje, no constituyendo materia de estudio propiamente dicha y contemplándose tan solo como instrumento auxiliar para el conocimiento de la gramática y la retórica. En todo caso, la historia en la Edad Media acabó considerándose como mera ilustración y complemento del saber, al proporcionar ejemplos reales utilizados para explicar conductas y situaciones moralizantes, heroicas, filosóficas o jurídicas.

Así pues, en época medieval, la historia nunca gozó de una preocupación mayoritaria en el panorama del saber ni en las bibliotecas de los centros de cultura (monasterios, cortes palatinas, universidades, etc.), en donde, en todo caso, las crónicas, anales e historias se entremezclaban, sin valor destacado, con los manuscritos de teología, gramática o retórica. Solo a partir del siglo XIV, tanto en las bibliotecas monacales como en las universitarias, se empezó a dedicar al género narrativo en cuestión una atención especial; por ejemplo en la biblioteca de la Sorbona parisina, donde en 1368 aparece ya una sección de historia con obras de interés teológico junto a crónicas y hagiografías, y, más tarde, a finales del siglo XV, se empezó a distinguir en los catálogos bibliotecarios a los historiadores considerados como clásicos, es decir a los griegos y latinos, de los “moderniores historici”, a propósito de la recuperación y difusión de la cultura clásica en general con el humanismo renacentista.

No obstante, la escasa difusión de los textos narrativos entre el público en general y en el ambiente educativo e ilustrado en particular, se puso de manifiesto en la pobre y a veces nula representación de autores del género histórico en las relaciones bibliográficas de las lecturas escolares de la Edad Media. Por ejemplo, en el siglo XII, la relación de Conrado de Hirsau sobre historiadores más leídos alcanza tan solo a veintiuno, de los que la totalidad son todavía antiguos o tardorromanos. Pero, a pesar de que desde fuera del quehacer narrativo el desinterés y el desconocimiento prevaleció durante siglos, la historia tuvo en sí misma unos objetivos propios de su carácter narrativo, y todos sus cultivadores medievales coincidieron al menos en la necesidad de exponer las razones principales que les motivaron: “porque la historia es una preparación para la vida, que enseña lo que se debe admirar y a quien se debe imitar”; tal y como manifiesta Juan de Salisbury en su *Historia Pontificalis*, advirtiendo en el prólogo que después de la gracia divina y de la ley de Dios nada instruye más que el conocimiento del pasado; o como señalan Otón de Frisinga, Orderico Vital y Tomás Basin, al insistir en la consideración de la historia como “magistra vitae, narratio rei gestae ad instructionem posteritatis.” Y es que se trataba de dar a conocer simplemente los hechos, sin desentrañar las relaciones causa-efecto, salvo excepciones, evitando invadir el campo especulativo de la filosofía y la teología y limitándose a destacar lo ejemplar y educativo del relato.

Ahora bien, tanto los teólogos como los historiadores, aun entendiendo que entre ellos pudiera llegar a existir algún desprecio y enfrentamiento mutuo, al

menos tenían en común un mismo punto de partida y referencia universal en el panorama europeo latino-cristiano: la Biblia; que servía a los primeros en sus exégesis y a los segundos como fuente de información de la historia anterior a Cristo, estableciendo con ello una cronología y concibiendo el pasado a través de seis edades del mundo.

Por ello, si la Biblia conforma el primer punto de referencia de la historia compuesta en la Edad Media desde la transición de la Antigüedad hasta el Renacimiento, san Agustín es el creador de la idea y concepción de la historia en los orígenes de la historiografía medieval. A partir de él el fin de la historia será la búsqueda de Dios como señor de la misma y del tiempo, prevaleciendo su providencia sobre las intenciones humanas. Para Agustín de Hipona la dialéctica que motivaba el proceso histórico era el enfrentamiento entre dos ciudades: la terrenal (“civitas diaboli”) y la celestial (“civitas Dei”); en una oposición permanente hasta el fin de los tiempos y con el triunfo final de la Jerusalén celestial. Frente a la concepción cíclica de la historia en el mundo antiguo —con el ascenso, orto y decadencia de los imperios y civilizaciones—, el proceso histórico medieval se concebía en un desarrollo lineal y con una dirección única: el avance irreversible del plan divino de la salvación de los hombres; si bien el mismo san Agustín no negaba la libertad para actuar y rechazaba, en cambio, el fatalismo propio del paganismo precedente.

Este cambio de perspectiva vino acompañado de una preocupación por el tiempo, reflejada en la fijación de las sucesivas edades históricas a partir de un origen que permitía registrar, a continuación, diversos acontecimientos con apenas capacidad interpretativa. Para el historiador en la Edad Media, la cronología servía para fijar el acontecimiento en el “ahora” de la historia, pues el orden histórico era ante todo el orden natural y cotidiano de la sucesión de los días, los meses y los años. Sin perder de vista el relato bíblico, los historiadores cristianos, desde Eusebio y Jerónimo en el siglo IV, aceptaron la fecha inicial de la historia proporcionada en principio por Moisés, inspirándose por tanto en el pensamiento judío. Luego, Agustín de Hipona, ya en el siglo V y en su obra *La ciudad de Dios*, elaboró una periodización basada en los trabajos precursores de Eusebio y que agrupaba los hechos históricos linealmente en seis edades, comenzando por Adán y continuando con Noé, Abraham, Daniel, el cautiverio de Babilonia y finalmente el nacimiento de Cristo.

Estas seis edades agustinianas, de fundamento judeo-cristiano, perduraron durante toda la Edad Media, difundiéndose a través de Isidoro de Sevilla, Beda y otros computadores, de forma que todos los historiadores medievales se sintieron inmersos en la “sexta edad”, que había comenzado por el nacimiento de Cristo y debía perdurar hasta el fin de los siglos. La “sexta edad” era la “edad de Cristo” (era Christi o era Incarnationis), que se convirtió en el punto de arranque de todas las cronologías. Cómputo que pasó también al resto de la documentación escrita en las cancillerías reales y eclesiásticas, a los documentos jurídicos públicos y privados.

Ahora bien, si en principio esta agrupación de los acontecimientos en una única edad se identificó con la idea de la perdurabilidad del Imperio Romano hasta el fin de los tiempos y como la última de las cuatro monarquías universales (babilónica, persa, macedónica y romana), el fracaso y la desaparición oficial de dicho Imperio, en occidente al menos, dejó paso al desarrollo de las historias nacionales y a la aparición de otros géneros narrativos genuinamente medievales. Por lo que la preocupación por el tiempo fue, por tanto, una constante en los historiadores medievales, no solo por la búsqueda de los orígenes de la Historia sino por la necesidad de averiguar en lo posible el tiempo que debía transcurrir y los inevitables presagios del fin del mundo, que se asociaron con epidemias, guerras y fenómenos naturales o extraordinarios. Así, la obsesión por el porvenir y el sentido escatológico del relato estuvo presente en la mayoría de los cronistas e historiadores medievales, dentro de un marco común predominantemente providencialista.

## **ANTECEDENTES, NOVEDADES Y GÉNEROS**

Una nueva concepción de la historia, reflejo del cambio del paganismo al cristianismo, y una nueva cronología marcan el tránsito de la historiografía antigua a la medieval. El cristianismo introdujo en la historia un elemento discriminador al separar en sus planteamientos lo cristiano de lo pagano, la Iglesia de la no Iglesia; construyendo poco a poco un principio dialéctico que iba a determinar la historiografía medieval.

Sin rechazar lo precedente, los primeros autores cristianos de los siglos IV y V concibieron sus obras asimilando el nuevo espíritu y la comprensión del providencialismo divino en el devenir de la historia pasada, presente y venidera. En esta

nueva perspectiva, todos los acontecimientos tenían su lugar en el proyecto de la redención de los pueblos y en el plan divino. Ahora bien, este cambio de perspectiva y de programación no supuso el olvido de la cultura antigua por parte de los primeros historiadores cristianos. Eusebio, Jerónimo, Agustín, Orosio o Próspero de Aquitania fueron grandes admiradores de Herodoto y Tucídides, entre los historiadores griegos, o de Salustio y Tácito, entre los latinos.

Pero si los antiguos habían distinguido entre la “edad del mito” y la “edad de la historia”, dicha comprensión pasó a los primeros historiadores cristianos al distinguir entre la edad anterior a Abraham y la posterior. Eusebio de Cesarea, que puede ser considerado como uno de los padres de la historiografía cristiana, se planteó en su *Chronicon*, por vez primera, la visión completa y sincrónica de los acontecimientos de los pueblos antiguos absorbidos finalmente por el imperio romano hasta el 325 d.C. componiendo un manual de cronología utilizado por los historiadores medievales y dando a la historia un carácter universal desconocido hasta entonces.

El resultado del largo proceso de gestación de la nueva historia, desde la transición de la Antigüedad al Medievo, provocó el nacimiento de nuevos géneros históricos y la adscripción de la historia a los primeros historiadores de los reinos germánicos. Cuando todavía el recuerdo de Roma perduraba con todo su esplendor, antes incluso de trasladarse la capitalidad a Bizancio (Constantinopla), los primeros reinos germánicos, que admiraron a Roma y la respetaron como referencia, comenzaron a contar con historiadores de sus respectivos pasados, surgiendo en algunos figuras de talla que fijaron los acontecimientos de sus pueblos y sentaron los principios que luego proseguirían los cronistas hasta bien entrada la época medieval. Así, durante los primeros siglos medievales, en los que se produjeron cambios políticos, sociales, económicos y culturales, aun con una fuerte base romana todavía, autores como Casiodoro interpretaron la historia de los “bárbaros” ostrogodos como el colofón de la historia romana, mientras que otros como Jordanes separaron ambas historias.

Esta interpretación dual constituyó el punto de partida de la nueva historia escrita inicialmente por autores de ascendencia romana, como Gregorio de Tours e Isidoro de Sevilla, o de origen germano, como Paulo Diácono o Beda. Aunque lo importante era que la génesis de la historiografía medieval se producía por enton-

ces sin ruptura con el mundo antiguo, si bien con el cambio de perspectiva y planteamiento que supo combinar las aportaciones del cristianismo latino-romano con la nueva vitalidad germánica.

A lo largo de los siglos altomedievales, junto con el cambio de perspectiva y de comprensión de la historia, se fueron perfilando los nuevos géneros historiográficos. Las crónicas se ocuparon principalmente de la historia universal desde el Génesis, según el modelo inicial de la obra de Eusebio de Cesarea, escrita en griego y traducida por Jerónimo en el siglo IV, siguiendo un orden cronológico que combinaba fechas de interés eclesiástico con acontecimientos civiles que informaban dentro de una continuidad histórica providencialista. Los autores de crónicas se ajustaron al esquema de las seis edades de la historia bíblica para encuadrar los hechos narrados, pero con el paso del tiempo la evolución de este género fue complicándose y enriqueciéndose hasta incorporar incluso fuentes no narrativas.

No obstante resulta complicado establecer una nítida distinción entre crónicas e historias, a pesar de que ya en la Edad Media hubo autores que trataron de precisar la diferencia entre el cronista y el historiador. Gervasio de Canterbury, en el siglo XII, definió al cronista como un codificador de los años de la Encarnación, indicando acontecimientos y hechos con milagros y prodigios de manera breve, mientras que calificó al historiador como aquel que buscaba un discurso dulce y elegante para instruir a los coetáneos con la verdad de lo histórico. Así se asociaba la idea de crónica con la del relato de contenido universal y la de historia con la de una narración más concreta sobre una entidad política (reino), una comunidad (pueblo) o una diócesis.

Como en tantas otras cuestiones, la autoridad de Isidoro de Sevilla al respecto es esencial a través de sus *Etimologías*. Recogiendo tradiciones anteriores el obispo hispalense distinguió tres géneros principalmente: historias, anales y crónicas. Las primeras como obras de autores coetáneos a los hechos narrados y testigos de los mismos; los segundos como relatos sobre épocas anteriores al autor, por lo que el historiador se convertía en analista cuando se alejaba de su propio tiempo; y las crónicas como simples agrupaciones de fechas a las que se incorporaban los sucesos oportunos.

Pero esta distinción no se respetó totalmente y a lo largo de la Edad Media se utilizaron las tres denominaciones indistintamente. Solo la moda hizo preferir arbi-

trariamente un término u otro a la hora de calificar los escritos narrativos. En el siglo XIII, por ejemplo, aunque Vicente de Beauvais recordaba la clasificación isidoriana en su *Speculum Historiale*, apenas se mantenía el término anales, confundándose historias y crónicas, aunque el término historia sobrepasase en muchos aspectos la simple narración de acontecimientos y se prestase a diversos significados. En cambio en el siglo XIV proliferó mas el término crónica, y los historiadores de la época entendieron frecuentemente por historias los relatos que podían leerse en las crónicas, hablándose solamente de crónicas y de cronistas. Y a partir del siglo XV volverían a resucitarse las historias y los anales con mayor éxito.

En cuanto a dichos anales, se han considerado como un género narrativo genuinamente medieval, y de hecho, en principio, no existió una relación de continuidad entre los antiguos anales de Roma y los nuevos medievales, surgidos inicialmente en los monasterios y sin remontarse mas allá de los siglos VII y VIII. En efecto, los anales medievales nacieron como anotaciones marginales en los textos litúrgicos, comprendiendo un conjunto de notas históricas dispares y sin seguir un modelo identificable. Sólo se consignaban en ellos algunos hechos coetáneos, sin responder a ningún plan preconcebido de antemano y componiéndose tanto en centros eclesiásticos (monasterios o escuelas episcopales) como en las cortes reales e imperiales.

Ahora bien, el origen de los anales estuvo ligado a las tablas pascuales o listas de fechas anuales donde se indicaban las pascuas, dentro de lo complicado que resultaba armonizar el calendario lunar de los judíos con el solar de los romanos. Establecidos estos cómputos en el siglo VI por Dionisio el Exiguo, se difundieron en occidente tras el concilio de Whitby en el año 664 y a través de los escritos de Beda el Venerable. La difusión de estas tablas pascuales por los monasterios europeos fue acompañada de la inclusión en ellas de noticias de interés histórico que fueron cada vez mas numerosas y extensas, hasta llegar a independizarse de las susodichas tablas en época carolingia. Poco a poco los anales fueron ampliando la información hasta adquirir dimensiones parecidas a las historias y a las crónicas.

Junto a estos tres géneros principales, relacionados entre sí, hubo otras manifestaciones narrativas con carácter histórico, como los llamados compendios, florilegios y sumarios, en los que se atendía mas a lo útil y escueto del dato que a la forma desarrollada del relato. El *Speculum Historiale* de Vicente de Beauvais en el

siglo XIII puede considerarse como el primero de los grandes compendios del saber histórico. Recoge, a modo de “summa”, relatos y noticias de autores precedentes, copiando fragmentos de sus escritos y citando, novedosamente, las fuentes utilizadas. Dichas síntesis del conocimiento histórico permiten discernir las preferencias de temas y materias en cada momento según la selección realizada por el autor. Por todo ello, el *Speculum* fue valorado y utilizado continuamente por los historiadores de la baja Edad Media.

Finalmente, entre los géneros medievales de mayor difusión cabe señalar además el de las biografías, con un arquetipo inicial en la *Vita Caroli* de Eginhardo, que, a su vez, se inspiró en la *Vida de los doce césares* de Suetonio. Desde época carolingia la biografía histórica tendrá muchos cultivadores: Helgaud de Fleury, con su *Vida de Roberto el Piadoso* en el siglo XI, Suger, con la de *Luis el Gordo*, y Otón de Frisinga, con la *Vida de Federico I Barbarroja*, en el siglo XII, o Joinville y Roger de Howeden con las biografías de san Luis de Francia y de Enrique II y Ricardo I de Inglaterra en el siglo XIII.

## **QUIÉNES FUERON, CÓMO ESCRIBIERON Y POR QUÉ LO HICIERON LOS CRONISTAS**

La mayor parte de los historiadores medievales fueron clérigos: monjes, abades, obispos y eclesiásticos en general; sobre todo en la alta Edad Media. Ello explica en buena parte su visión cristianizada y providencialista de la historia, aunque desde el principio hubo algunas excepciones significadas, pues en época carolingia, por ejemplo, Eginhardo y Nithard fueron laicos cultivados en un mundo dominado por las gentes de Iglesia y sin desmerecer por su condición personal al elaborar sus biografías de Carlomagno, relacionando los acontecimientos humanos con los designios divinos.

A partir del siglo XIII, a medida que las lenguas vernáculas se fueron imponiendo y los historiadores se diversificaron como notarios, tesoreros, cancilleres u oficiales públicos, asumieron el reto de dejar para la posteridad la visión personal sobre el conocimiento del pasado y, en ocasiones, su opinión sobre el propio presente. Así, otros temas se incorporaron al género narrativo ampliando las posibilidades y enriqueciendo la oferta. Aunque, pese a todo, la historia se siguió conci-

biendo todavía, predominantemente, como simple narración: “ad narrandum non ad probandum”; sin atender a relaciones causales de los hechos relatados, porque el historiador se limitaba a ser un mero “expositor”, como aun se le denominaba en el siglo XIV.

El cronista medieval, consciente de la imposibilidad de abarcarlo todo, se sintió limitado. Por ejemplo, Hugo de San Víctor, en el siglo XII, afirmaba que “las gestas de los tiempos eran infinitas”, por lo que había que seleccionar la información según los criterios que él mismo resumía así: las personalidades gestoras de los hechos, el lugar de los mismos y el tiempo en el que transcurrían aquellos. Como el personaje clave de la Edad Media era el rey, al encarnar en su persona los poderes terrenales encaminados al bien común y a los destinos de la Iglesia, la presencia regia generaba el acontecimiento y determinaba lo narrado, con el escenario de la guerra como preferente. Aunque otros personajes y escenarios habituales eran también los monjes y los monasterios, concentrando los relatos, en este caso, en las consagraciones de los cenobios, los avatares de las comunidades monásticas y los sucesos próximos o lejanos que les afectaban directa o indirectamente: guerras, calamidades, festividades o visitas destacadas.

Hubo acontecimientos de especial relevancia que despertaron la curiosidad de los autores y de los destinatarios de sus obras, por ejemplo las Cruzadas, que por su originalidad y repercusión abrieron muchas posibilidades narrativas al ampliar el marco geopolítico fuera de la Europa occidental. Marco que, por alejado, permitió sin embargo a los cronistas del género desarrollar un sentido más técnico de la historia y con mayor reflexión, exaltando el sentido épico y epopéyico de las gestas.

Las Cruzadas proporcionaron a los historiadores nuevos estímulos, y a pesar de que tras los primeros entusiasmos los ánimos se fueron serenando, los relatos de las gestas en oriente no perdieron interés, aunque se hicieron más realistas y llegaron a despertar algún sentido crítico y una visión más humana y veraz de los hechos.

En general, la mayoría de los cronistas hicieron su labor siendo conscientes de la necesidad de la misma y del mérito que suponía ante los demás, salvando en lo posible el acondicionamiento a los intereses de sus promotores en el caso de la historia más oficial y panegírica. Y aunque expresaron en ocasiones su falta de preparación para ello y el atrevimiento que representaba tal tarea –puesto de manifiesto

en sus prólogos-, trabajaron con la convicción de que su esfuerzo era necesario y útil.

De cualquier forma, el público que escuchaba o leía las narraciones históricas en la Edad Media era muy reducido, sobre todo aquellos que las encargaban o a quienes iban destinadas : príncipes, dignidades o, ya al final de la época, burgueses y municipales.. Unos leían los relatos directamente y otros los escuchaban siguiendo una tradición oral. Sabemos al respecto, por ejemplo, que el abad Suger, en el siglo XII, tenía la costumbre de hacerse leer historias en algunos momentos del día; o que Joinville confirma que esta costumbre estaba muy extendida entre los miembros de las familias reales del siglo XIII. Sólo al final del medievo la historia rebasó los reducidos círculos monásticos, catedralicios o cortesanos al interesarse por ella otros colectivos incorporados a la actividad política, social o económica en el tercer estado. Precisamente, las crónicas italianas bajomedievales, que se centraban en las historias de ciudades y narraban las épocas de prosperidad y de decadencia, se ilustraban con la historia de las oligarquías urbanas, los enfrentamientos entre los clanes y las familias o las maquinaciones de los poderosos para controlar los concejos y gobiernos municipales. Esto supuso que las crónicas urbanas iniciaran un nuevo género que, junto con las crónicas de los descubrimientos oceánicos, introdujeron en la Edad Moderna nuevos horizontes y posibilidades de desarrollo.

## **VERACIDAD, VEROSIMILITUD E INVENCIÓN**

Aparte de otras finalidades, los cronistas medievales pretendieron agradar e ilustrar con la historia de los hombres en sus relaciones con el mundo a través de la divinidad, llegando incluso, en ocasiones, a sacrificar la veracidad en beneficio de la verosimilitud y hasta de la invención; de manera que muchas veces se entremezclaba lo real, lo posible y lo deseable sin rigor ni discriminación crítica.

La debilidad de la crítica medieval contribuyó precisamente a esa confusión, voluntaria o involuntariamente, porque no dependía de la limitación de las fuentes y materiales disponibles sino de las intenciones de los historiadores, que podían llegar a sacrificar la veracidad cuando no se consideraba necesaria. Además, el providencialismo eminente en la concepción historiográfica permitía adjudicar a la divinidad acciones fuera de lo común o inverosímiles, protagonizadas por los persona-

jes a los que convenía presentarlos como héroes justos con valores y atribuciones excepcionales.

A pesar de esto, se intuye con frecuencia un deseo mas o menos expreso de aplicar alguna crítica objetiva al análisis y comprensión de los acontecimientos. Raul Glaber, por ejemplo, en el siglo XI desconfiaba de lo que el común tenía por verdadero, o Guiberto de Nogent se esforzaba por utilizar las fuentes escritas de manera selectiva, aunque buscando la realidad entendida por entonces como tal. Y es que los historiadores de la Edad Media confesaban, a veces, que escribían según “lo visto, lo oído y lo leído”; con esta prelación y siguiendo la tradición oral que motivaba por entonces la literatura épica, juglaresca o trovadoresca que se adivina en muchas crónicas altomedievales, cuando se intercalan episodios cantados por las gestas entre las composiciones escritas, confundándose en el relato y sirviendo de fuente para el resultado final

Todavía en los últimos siglos medievales, algunos historiadores como Juan Le Bel, Froissart o Mateo d’Escouchy, advertían a sus lectores acerca de la necesidad de recelar de las versiones de los juglares, de la épica y de lo legendario.; pero, en general, el éxito privado y público de las composiciones en verso, incluso musicadas, constituyó una tentación difícil de resistir por los cronistas, pues veían en ellas un aliciente para una mayor audiencia de sus obras.

A veces, para el cronista medieval lo importante era contar los hechos sin preocuparse de que fuera el público oyente o lector quien aceptara o rechazara el texto, por lo que no es extraño encontrar varias versiones de un acontecimiento en un mismo autor u obra. Es el caso de Guillermo de Newburg, que llega a narrar la aparición en el cielo de una cruz de diversas formas en 1188, dejando para el público la interpretación, por lo que cabe pensar al respecto que apariciones, milagros o hechos extraordinarios son sucesos frecuentes en la narrativa medieval europea en general y española en particular; asociado en el caso hispano a los orígenes de la reconquista cristiana y a los hechos epopéyicos derivados de la lucha permanente con los musulmanes por parte de los caudillos y reyes del norte.

No solo lo verosímil –aquello que sin ser del todo verdad podía ser comprensible y posible-, sino también lo inverosímil y lo maravilloso, es decir, lo no explicado por la razón, tuvo cabida en las crónicas. La apreciación inicial de que el relato histórico medieval obedecía en general a una pretensión triunfalista y panegírica

de reyes, príncipes o gobernantes, desde las raíces legendarias de los pueblos sobre los que gobernaban hasta la visión partidista de sus hazañas, contribuyó inevitablemente a la aceptación de intercalar sucesos maravillosos en los relatos. Pero esta visión, además de positivista en exceso y susceptible de prejuicios en la comprensión de los hechos, no impide considerar que la mentalidad de la época y el ambiente cultural, tanto el erudito como el popular, aceptaba sin reparos lo maravilloso para reforzar los mensajes que se pretendía difundir.

Si en el panorama general de la cronística medieval europea se encuentran características comunes al respecto con la de los reinos hispanos, en este segundo caso existe hasta el siglo XIII, al menos, un componente específico que favoreció la aceptación de lo maravilloso y de la invención: la guerra contra el invasor musulmán, infiel y agresor; contra el cual era admisible la colaboración celestial en el rechazo de la invasión y en la recuperación de España.. El origen mítico y nebuloso de los primeros reinos y condados cristianos peninsulares, forjados en dicho rechazo, y la posterior intercesión de los santos populares en las batallas triunfales hicieron de lo legendario y milagroso un recurso común., utilizado por lo general en los siglos altomedievales e independientemente de otros factores que contribuyeron a considerar las crónicas de la reconquista como un género exclusivamente hispano.

En definitiva, las biografías de los reyes o de los emperadores, las historias de los reinos y de los estados, las epopeyas de los pueblos o los anales de los monasterios y de las diócesis, no solo se escribieron para fijar la memoria de los hechos y transmitirla a la posteridad, sino que también se hicieron para instruir y moralizar, legitimar dinastías y linajes, elogiando sus logros e ignorando a propósito sus fracasos, vicios y corrupciones. Y en todo ello, lo verosímil y lo maravilloso podía utilizarse si era preciso, y no como simple recurso literario, parabólico o didáctico, sino, mas bien, como un recurso temporal para asentar unos principios providencialistas y una supuesta verdad refrendada por la divinidad, los santos protectores o los clérigos, sus representantes en la tierra.. Lo milagroso y maravilloso era imprescindible, independientemente del grado de credulidad asumido por el autor del relato y por el destinatario de la obra. Y es que, a la larga, se llegó a humanizar lo milagroso y maravilloso a partir del siglo XIII, sobre todo en las crónicas españolas, transformando hechos que anteriormente revistieron por completo el carácter sobrenatural en episodios naturales, admisibles y factibles.

## DE LA GENEALOGÍA A LA CRÓNICA: EL EJEMPLO HISPÁNICO

En la Península Ibérica, los reinos y condados cristianos del norte cantábrico y pirenaico surgidos después de la invasión musulmana de España a partir del siglo VIII, no vivieron al margen de las corrientes historiográficas del resto del continente europeo; aunque, debido a las condiciones de los microestados originarios de Asturias, Pamplona, Aragón y las unidades protocatalanas, presentaron algunas características propias y definidas, si bien con los precedentes de la época visigoda en la que la producción cronística revistió gran semejanza con la de los otros reinos germánicos que habían ido sustituyendo a la unidad latino=romana.

En principio hubo un esfuerzo por legitimar las nuevas dinastías que a modo de caudillaje se habían alzado al frente de los grupos de refugiados o de residentes en las regiones más septentrionales; para lo cual, el entronque con la monarquía visigoda de Toledo resultaba inevitable, además de otros posibles orígenes más remotos, que arrancaban, incluso, de los tiempos bíblicos. Luego, esa misma legitimidad servía para justificar la resistencia al infiel invasor que había tomado el poder por la debilidad y degeneración de la monarquía unitaria legítima que sucumbió en Guadalete con el rey Rodrigo. Doble legitimación que introduce en el relato la intervención providencial al magnificar los primeros triunfos de la causa cristiana contra la morisma. Y, finalmente, la preocupación genealógica para desentrañar la red de relaciones familiares y personales de las primeras familias que controlaron el poder y estimularon oficialmente la reconquista y la expansión territorial hacia el Duero y el Ebro, sirvió de base posteriormente, en muchos casos, para la composición de grandes crónicas que, en el fondo, no fueron más que genealogías ampliadas que apenas perdieron su primigenia concepción.

Ahora bien, al igual que la evolución política de los núcleos astur y pirenaicos fue distinta en cuanto a consolidación, expansión y organización territorial y jerárquica, también la historiografía -al margen de algunas primeras crónicas que están aún relacionadas con la herencia visigoda, la huella bizantina o el impacto árabe (la *Crónica bizantino=arábiga* del 741 o la llamada *Crónica mozárabe* del 754)-, hasta el siglo XIII al menos, fue algo distinta en una y otra área. Incluso, aparte de que en muchos casos se presentan en principio los relatos desde una visión de conjunto, luego, la especificidad de cada una de ambas áreas (cantábrica y pirenaica) se refleja acusadamente en el planteamiento y en el programa narrativo. Por eso son

diferentes el ciclo de crónicas asturianas anteriores al año 1000, las llamadas *Genealogías de Roda* de finales del siglo X navarro=riojano o la denominada *Gesta Comitum Barchinonensium* compuesta a partir del siglo XI., por citar algunos ejemplos.

Se puede decir al respecto que si , en general, desde la caída de Roma y los comienzos germánicos, en España se había pasado del universalismo de Orosio (siglos IV-V) al nacionalismo hispanogodo de Isidoro de Sevilla (s. VII) para desembocar en los particularismos de los núcleos de la reconquista a partir del siglo IX, desde el siglo XIII se volvió en algunos casos a las crónicas universales e hispánicas en conjunto (*Crónica General de España* de Alfonso X el Sabio en el siglo XIII) y a las particulares de los reinados (*Crónicas* de López de Ayala en el XIV) o de los reinos (*Crónica de los Reyes de Navarra* del Príncipe de Viana en el XV).

Acaso sea el siglo XIII el momento de inflexión hacia una historiografía que, sin perder el entronque con la crónica universal, que en muchos casos precederá a la nacional propiamente dicha, termina siendo una narrativa mixta en cuanto a contenidos. Y sin descender a los ejemplos particulares de autores y obras españolas del momento, cabe destacar al respecto el *Chronicon Mundi* de Lucas de Tuy (el Tudense), que se inicia con una síntesis de la obra isidoriana (luego de un elogio de Hispania digno de tenerse en cuenta) para reducirse después a la Península Ibérica desde los últimos tiempos visigodos y primeros asturleonese y terminar con los hechos coetáneos de Alfonso VIII y Fernando III hasta la reconquista de Córdoba en 1236.

Sin embargo, la obra del arzobispo de Toledo Ximénez de Rada, titulada *Rerum in Hispania gestarum Chronicon*, es una historia nacional castellanoleonizada, desligada de lo universal y completada con algunos capítulos dedicados a los pueblos relacionados con la historia principal e insertando, eso sí, en su lugar correspondiente, genealogías de los reyes navarros (el autor lo era natural de este reino), aragoneses y portugueses; aunque el objetivo fundamental era la monarquía astur-leonesa-castellana.

El paso siguiente, significativo por tantos conceptos, lo representa la *Primera Crónica General de España* ordenada componer por Alfonso X el Sabio. Obra en la que se conjugan cuatro manifestaciones que, aun no siendo originales aisladamente, debidamente combinadas, suponen un conjunto armónico y renovador,

herencia del pasado y preludio del porvenir: la utilización de fuentes de forma fragmentaria y selectiva, la inclusión de temas entresacados de la poesía popular, la aplicación de fuentes árabes y el uso de la lengua vulgar.

## COLOFÓN

La construcción de una memoria de identidad en la Edad media tuvo, pues, uno de sus fundamentos en el género narrativo en general dentro de sus diversas manifestaciones. Las crónicas, las historias o los anales buscaron en los orígenes de los pueblos y de las nacionalidades, recrearon el pasado a conveniencia y resolvieron las sombras con la invención de lo verosímil y posible para la mentalidad y cultura de la época.

Por su parte, los grandes compiladores de las fuentes narrativas europeas (Bouquet, Muratori, Migne) o españolas (Flórez), con sus repertorios, se esforzaron en transmitir a la posteridad el legado medieval de los historiadores de aquel tiempo.

Los estudiosos, a su vez, han acudido a estos repertorios y a las ediciones críticas de los textos narrativos para sus investigaciones y reflexiones sobre la época medieval en general y han llevado a cabo estudios y nuevas ediciones contrastadas de diferentes versiones, manuscritos y referencias para recuperar, en lo posible, el arquetipo de cada crónica con el texto más próximo al original, si no se ha conservado.

En la actualidad, las crónicas medievales, aparte de su valor formal o literario, constituyen una fuente imprescindible para, con las cautelas y reservas oportunas, reconstruir mentalidades, actitudes, comportamientos, ideologías y otros muchos aspectos de interés

Si Cristóbal Keller (Cellarius) fue el inspirador de la unidad temporal comprendida entre Constantino en el siglo IV y la caída de Constantinopla a manos de los turcos en el XV, fijando los límites de la Edad Media, todo lo escrito en este período y dentro del género narrativo se puede adscribir a la visión cristiana de la historia. Pero, ¿se puede seguir afirmando todavía y con rotundidad que la actitud del intelectual medieval ante la historia fue exclusivamente sacralizadora? Bien es verdad que, en aquella época, Filosofía de la Historia, Teología de la Historia e

Historia propiamente dicha se confundían con frecuencia, porque se identificaban desde la interpretación prioritariamente providencialista.

En definitiva, si el Renacimiento inició el camino de la separación entre la “historia-crónica” y la “historia-ciencia”, dicha separación hace que hoy el historiador de oficio utilice las crónicas como reflejo y visión de una época; trasladando al análisis y relectura de los textos narrativos medievales los interrogantes y los métodos adecuados de depuración de la ciencia histórica, buscando nuevas vías de conocimiento para el aprovechamiento de los géneros historiográficos y acercándose a los textos narrativos con nuevas perspectivas.

Perspectivas que ya a finales del siglo XV buscaba el cronista Commynes cuando anunciaba lo que iba a ser la historiografía moderna: secularizada, pragmática y utilitaria. Porque, según este autor, “nuestra vida es tan breve que no basta para tener experiencia en tantas cosas”.